

“LA TENTACIÓN DE LO IMPOSIBLE: ALONSO CUETO Y LAS VOCES FEMENINAS DEL PERÚ EN *GRANDES MIRADAS*, *LA HORA AZUL* Y *EL SUSURRO DE LA MUJER BALLENA*”

Paradas González, M^a del Rocío
Departamento de Literatura Hispanoamericana
Universidad de Filología Hispánica de Sevilla
chio.parada@gmail.com

Resumen:

Intenso desde las primeras narraciones, como también en el recuerdo infantil, la producción literaria del escritor peruano Alonso Cueto Caballero guarda un vínculo profundo y especial con la mujer y con sus múltiples identidades. El homenaje a esa admiración inquieta toma altura en las novelas de trasfondo político *Grandes Miradas*, 2003, y *La hora azul*, 2005 (esta última galardonada con el prestigioso Premio Herralde), y aterriza en el prejuicio o la complejidad femenina de *El susurro de la mujer ballena*, 2008. En una realidad difícil, la fuerza de estos personajes ambiguos radica en el deseo de sobrevivir hasta alcanzar una meta. Sanan las heridas del pasado mediante la rebelión de los impulsos naturales, que antes permanecían dormidos. La figura materna cobra una importancia simbólica, sus raíces influyen pasivamente en la condición y el proceder de la descendencia. Junto a ella, mujeres peregrinas: cholitas, blancas, obesas, frustradas, protagonizan búsquedas heroicas que mueven el ánimo aletargado de los oprimidos. Así, Cueto se atreve a indagar en el discurso genérico de un país todavía reacio, a vestir con piel femenina la voz y el alma de sus pensamientos, en una dirección que de seguro conducirá muchas de sus creaciones posteriores.

Palabras claves:

Literatura peruana, mujeres, Alonso Cueto, Pasado, búsqueda, identidad

1. Las espinas de la fe. Breve evolución histórico-literaria de la mujer en el Perú

Cuando el Nuevo Mundo despierta ante el entusiasmo descubridor de los españoles, compartirá con ellos ese espíritu dialogante que busca horizontes y progresos. Sin embargo, el tiempo sembrará en los primeros colonos las ansias de poder y de codicia, obsesionados éstos con la idea de avanzar, lidiar y destruir. La vinculación entre ambas realidades brindó un destino glorioso al Viejo Continente: infundir todos los principios occidentales asignados, además de adoctrinar en la religión y en el Servicio Real a las almas descarriladas de esta tierra. Es decir, construir una enorme utopía.

Ser indígena, entonces, significó estar en medio del camino, pertenecer al grupo de quienes nacieron para obedecer la voluntad de los señores y los maestros. Por su parte, ser mujer durante la Conquista, en el Perú y en toda América Latina, significó simplemente “no ser”: no intervenir en la guerra, no tener derechos propios, no pronunciar palabra. Esta reflexión se inserta en una corriente general, que obedece a la versión más estricta y menos precisa de la Historia. Bien es cierto que la imagen



femenina queda circunscrita al ámbito del hogar, el matrimonio y los hijos, como si su oficial posición secundaria, como si el machismo imperante, hubieran confirmado la inutilidad de su intervención en otros aspectos de la vida. No obstante, a pesar de esta reclusión vigilada que arranca desde la Antigüedad,

siempre hubo voces aisladas de mujeres, que manifestaron su malestar ante las prescripciones de género impuestas por su época, que actuaron como *degeneradas*, como personas independientes que no asumieron el ideal de feminidad dictado por el “otro”¹

Sobre todo, será con la Ilustración dieciochesca cuando emerjan las posturas más reivindicativas, aquellas que denuncian la egolatría del varón y plantean la configuración de un mundo justo y diverso. Estas premisas se fortalecerán con la llegada del siglo XX, a partir de la década de los 70 y 80, y el reajuste de los enfoques antropológicos establecidos. Una labor que lideran las plumas de Juliet Mitchell, Natalie Zemon Davies o Renate Bridenthal, y que irá dirigida a combatir actitudes semejantes al *etno-androcentrismo*. La famosa historiadora austríaca Gerda Lerder², una de las mayores representantes de la escuela feminista, criticó con severidad esta postura, que identificaba la perspectiva de los hombres con la de la sociedad en su conjunto. Luchó por demostrar la relevancia de la mujer a lo largo del fluir histórico-político, valorando más su reconocimiento y visibilidad que el hecho de apelar al discurso de la víctima.

Pero, volviendo al continente americano y centrándonos en el Perú, su tradición no sólo alberga influencias heredadas de la Madre Patria, sino también una evolución única, una interpretación alternativa del mal llamado *sexo débil*. Con la toma del Incanato, las crónicas de los conquistadores hablan de un Imperio en el que habitan las “vírgenes del Sol”, aquel grupo de Acllas que, en lugar de convertirse en concubinas del Inca y en obsequio de curacas vecinos, serán las sacerdotisas del dios solar. Sin embargo, la incomprensión del quechua o de aquellas costumbres llenará estas obras de referencias inexactas, con omisiones y malentendidos. Por lo tanto, y a pesar de las brillantes aportaciones de intelectuales como Guaman Poma, el inca Garcilaso, o de las Casas, habrá que recurrir a las leyendas míticas para entender la posición femenina dentro de esta comunidad:

Con el fin de que la pureza de sangre prevalezca, el cargo de Coya o primigenia esposa del Inca debía recaer sobre su propia hermana, así que gracias a ella se aseguraba la descendencia del poder divino. Varias Coyas son veneradas en la memoria popular por las enseñanzas que difundieron, entre las que destacan Mama Ocllo y Mama Wako. Mama Ocllo fue compañera del fundador del Tahuantinsuyo, Manco Cápac, y además de iniciar a las muchachas en el arte de tejer y atender las tareas domésticas, protagonizó junto a su esposo la toma de la capital. La esencia de la rebeldía se concentra en Mama Wako, de quien se mencionan sus artes de hechicera, su arrojo en la batalla, y su extremada crueldad para con el enemigo. En cuanto a la estructura

¹ CARUNCHO MICHINEL, Cristina, y MAYOBRE RODRÍGUEZ, Purificación, *El problema de la identidad femenina y los nuevos mitos*, Santiago de Compostela, Tórculo, 1998, p. 159. La cursiva utilizada es mía.

² Junto a nombres clásicos, como el de Simone de Beauvoir y *El segundo sexo* (1949), Lerder es una de las principales defensoras de la igualdad entre hombres y mujeres. Fue la primera en acuñar el término *patriarcado* para designar el tipo de jerarquía social a la que el sistema condenó durante mucho tiempo, además de desarrollar otras teorías similares recogidas en *The Woman in American History* (1971), *The Creation of Patriarchy* (1986), etc.

comunitaria, la actividad femenina significó mucho a nivel económico. La mujer intervenía en los trabajos agrícolas y se esmeraba en la producción textil, elemento base, material y simbólicamente, para el mundo andino. En este mundo, donde varones y hembras nacieron por igual de las manos del dios Wiracocha, ellas adquirieron una trascendencia casi divina en algunas festividades sagradas, según afirma la especialista Sara Beatriz Guardia³. En su faceta materna responde a la vida y al alimento, y las deidades que se le asocian reciben un culto exquisito por parte de los fieles del Incario. Mama Killa, la luna, alude a la Madre Universal, a lo eterno; Mama Cocha, el mar, cuida de la pesca y del bravo oleaje; y ante todo Pacha Mama, la tierra, responsable de la fertilidad del suelo y de la buena cosecha. Una sacralización que fue perseguida y castigada con dureza cuando se produce el arribo de los españoles al continente, allá por el siglo XVI. Como quedó dicho, la mujer pierde cualquier tipo de consideración anterior, y sufre los maltratos, violaciones y secuestros que ejecutan las grandes instituciones bajo el auspicio de la legalidad. “El encierro de la mujer colonial estaba determinado principalmente por cuatro actores sociales que operaban como carceleros”, afirma Pablo Lacoste

el padre, el marido, el clérigo y el cazador de viudas. Las cárceles eran la casa, la prisión material, el purgatorio y la pobreza [...] Se usaron con la mujer latinoamericana durante 300 años, tendencia que se mantuvo relativamente vigente en el siglo XIX y se fue revirtiendo –parcialmente- en el XX⁴.

Peor suerte corrieron aquellas que integraban la etnia indígena: en los conventos limeños fundados en la etapa colonial las mestizas podían acceder en calidad de sirvientas o acompañantes, mientras que las indias tenían prohibida la entrada.

Esta espiral de acciones consecutivas, encubierta pero evidente a todas luces, aumentó el abandono de niños indeseados o la práctica del aborto, causante de un mayor índice de mortandad femenina. De igual modo, cualquier mujer que realizara algún tipo de curandería, transmitida a través de generaciones, al momento era acusada de “bruja” o “hechicera”, y condenada a morir entre las llamas inquisitorias. Poco a poco, la presión ante la hostilidad del medio la recluyó más si cabe en las orientaciones masculinas, de manera que en los siglos XVI y XVII el *sexo débil* actuaba según los criterios de “la buena señora”, dispuestos por el hombre.

Sin embargo, en mitad de tantas circunstancias adversas a su libertad, la historia peruana nos ofrece los escritos de algunos iconos femeninos que dejaron su huella entonces mediante la Literatura. Uno de los primeros nombres conocido es el de “Amarilis”, quizás llamada María de Alvarado o de Rojas y Garay, quien en 1621 escribe a Lope de Vega la carta “Epístola a Belardo”. Se cree que era huérfana y natural de Huánuco, aunque pocas confirmaciones existen a excepción de lo deducido por el

³ GUARDIA, Sara Beatriz (comp.), “Las mujeres y la recuperación de la historia”, en el I Simposio “La mujer en la historia de América Latina”, Lima, Cemhal, 2004, p. 4. Como se indica, este artículo fue pronunciado en el I Simposio Internacional La mujer en la Historia de América Latina, organizado en agosto del año 1997, y al que acudieron ponentes venidos desde célebres universidades peruanas, mexicanas, brasileñas, francesas, estadounidenses, entre otras procedencias varias. Sara Beatriz Guardia es la directora del CEMHAL y sus inquietudes en torno a la defensa femenina han hecho posibles publicaciones como *Mujeres peruanas. El otro lado de la historia* (2000) o *Mujeres que escriben en América Latina* (2007).

⁴ LACOSTE, Pablo, “La cárcel y el carcelero de la mujer colonial”, *Estudios Ibero-Americanos*, PUCRS, v. XXXIII, n. 2, pp. 7-34, diciembre 2007, p. 8.

texto, que se conserva en *La Filomena* de Lope. Un siglo después las hazañas de Micaela Bastidas, esposa de Tupac Amaru II, tendrán un rincón en el corazón de la gente y en las letras nacionales. Demostrando un valor decisivo por los suyos, participó de la política, la militancia y la administración con entrega, y murió en un enfrentamiento bélico dándolo todo por la patria.

Estas heroicas posturas preparan el surgimiento de nuevos referentes femeninos en el siglo XIX, al estilo de Clorinda Matto de Turner. Escritora de origen cuzqueño, Matto de Turner se constituye en la defensa de la corriente indigenista, ya que sus novelas retratan una visión positiva del indio y bastante inusual entre los miembros de su clase. Muy de cerca gravita la sombra de Flora Tristán, aquella que siembra la semilla de un feminismo moderno y apasionado. En algunos sectores criticaron su naturaleza radical, fervor que se vuelve comprensible si se tiene en cuenta la doble nacionalidad franco-peruana de Tristán y su situación de mujer sola, extranjera y con hijos. En *Peregrinaciones de una paria* (1838) o *La unión de trabajadores* (1843), establecerá algunas líneas de pensamiento que se asemejan a los preceptos dictaminados por el marxismo.

El siglo XX será recibido en el Perú con la fundación de la primera institución feminista en 1914 (“Evolución Femenina”), de la mano de María Jesús Alvarado. A pesar de su deportación, por esa persistencia en reclamar los derechos de la mujer, estos y otros sucesos propiciarán la victoria de 1955, cuando la ley 12391 conceda el preciado derecho femenino al voto. De esta forma, algunas puertas comenzarán a abrirse en las esferas cultural, política o social, aunque muy despacio y frente a un mundo todavía anclado en el machismo primitivo. Las décadas del 70 y el 80 traerán consigo nuevos avances para la igualdad entre géneros, pero serán salpicados por el terror general que empieza a asolar las entrañas del país, mediante los enfrentamientos entre el Ejército y Sendero Luminoso.

Dirigida por Abimael Guzmán, esta organización clandestina recluyó en su seno a aquellas mujeres que, creyendo en sus palabras, se ampararon en la esperanza de un Perú más libre y ecuánime a través de la lucha armada contra el estado fujimorista. “Si hay que morir por una causa justa” -admite Fany Palomino, ex-militante terrorista- “a morir se ha dicho, porque la causa es más importante que tu propia vida”⁵. Sin embargo, la única consecuencia clara que contrajo esta fe ciega al Partido fue la destrucción de familias, las muertes tempranas y la violación de los derechos humanos, tanto por parte de soldados como de terroristas. Después de veinte años de dolor, donde los campesinos fueron las principales víctimas, el gobierno determina la creación de una Comisión de la Verdad y la Reconciliación en el año 2001, con el fin de destapar lo sucedido públicamente, reconocer dónde estaban los errores y llegar a un acuerdo por la paz. A esta etapa de conflictos le corresponde un mayor silencio narrativo, comprensible por las dificultades de publicación o por el peligro de las falsas acusaciones. Pero en cualquier caso existe sobre todo una producción poético-novelística en los 80, ya sea visible o soterrada, comprometida o no, que se afana en oxigenar otra vez la literatura

⁵ Este testimonio se recoge en el documental *Estado de miedo*, dirigido por Pamela Yates en el año 2005, y que refleja la desesperación padecida por el pueblo peruano durante las masacres de Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas. En su estreno tuvo una gran aceptación, y fue galardonado con varios premios, a saber: Premio de la Crítica en el Festival Internacional de Chicago, Premio de la Audiencia en el Festival de Cine de Amnistía Internacional y Película de Inauguración en el Festival de Cine Internacional de Human Rights Watch.

de su país. Para que no se olvide su pasado, pero tampoco se nuble su futuro. Con el correr de los años, se crea una tendencia en los 90 que llaman posmoderna y desideologizada, fruto del contacto con la globalización. No obstante, el estudio de otras esferas continúa mezclándose con el interés por los temas enraizados en la configuración nacional, como luego demostrarán las antologías de Mark R. Cox (*El cuento peruano en los años de la violencia*, 2000) o de Gustavo Faverón (*Toda la sangre*, 2006)⁶. Miguel Gutiérrez, padre de *La violencia del tiempo* (1991), comenta a raíz de su último libro *Confesiones con Tamara Fiol* (2009) que a partir de los 70 la mujer tendrá un rol capital, algo que expresa esta antigua combatiente de Sendero Luminoso.

Será en este contexto de reconocimiento ante la historia donde se inserten las novelas *Grandes Miradas* (2003) y *La hora azul* (2005), del limeño Alonso Cueto. Obras que se detienen en el testimonio de las víctimas, que literaturizan la sinrazón de aquellos episodios desde la admiración y el respeto. En definitiva un nuevo homenaje para quienes no tuvieron la oportunidad de decir qué es lo que sentían. Tanto en ellas como en *El susurro de la mujer ballena* (2007) reaparece una atracción poderosa hacia lo femenino, un deseo de compartir las experiencias que definieron la suerte de estos personajes, su clase social o sus sueños. Tal vez, esto sea el intento por sumergirse en la complejidad de aquellas almas que lo inquietaron y enriquecieron en letras y en vida.

2. Alonso Cueto: biografía y alteridad

Al descubrir la sentencia que Luís Loayza confesó a Julio Ramón Ribeyro en una de sus conversaciones epistolares, Alonso Cueto Caballero supo cuál llevaba siendo el ideal de su escritura “Una de las pocas cosas que creo haber llegado a comprender es que el escritor debe ser quien es y que esto es mucho más raro de lo que parece”⁷. La gran mayoría de voces que vagan por los rincones narrativos de su producción tratan de responder a esa misma pregunta, “¿quién soy?”, porque puede que haciéndolo Alonso Cueto encuentre una respuesta para sí mismo.

Ubicado en la generación de los 80, nació un 30 de abril de 1954 en la capital del Perú. Contrajo matrimonio con Kristin Keenan Atwood, y tuvo dos hijos: Daniel (1986) y Esteban (1991). Sus padres, Carlos Cueto Fernandini y Lilly Caballero Elbers sin duda se convirtieron en una influencia imprescindible para su formación. Carlos Cueto no sólo significó un paradigma en el crecimiento de su hijo, sino que también lo fue para el resto de la nación peruana. Hombre polifacético, desplegó sus conocimientos en los campos del arte literario, el derecho, la educación o la docencia, y en todos dejó la huella de su buen hacer intelectual. La prueba está en la realización de trabajos que iban desde “El concepto de crisis”, hasta “El naturalismo frente a la fenomenología”, pasando por las “Bases de la universidad peruana” o “La Educación, semillero de los valores del hombre”. Con Lilly Caballero tendrá tres hijos: Alonso (el mayor), Marcos y Santiago, de ahí que sea Alonso quien conserve la imagen más fidedigna de su padre. Debido a sus compromisos, llevaba a cabo continuos viajes a Alemania, EE. UU.,

⁶ En ambas antologías mencionadas se incluye el cuento “El cazador” de la peruana Pilar Dughi, que pertenece a una de sus más famosas obras, *Ave de la noche* (1996), galardonada con el Premio del III Concurso de Cuento de la Asociación Peruano Japonesa.

⁷ CUETO CABALLERO, Alonso, “Saber oír (y escribir)”, *Sueños reales*, Perú, Seix Barral, 2008, p. 169. La mencionada frase pertenece a una correspondencia fechada en Ginebra el 28 de agosto de 1978, que salió publicada en el último número de la revista *Hueso Húmero*.

España y otros destinos similares, razón por la cual Alonso Cueto pasó su niñez entre París y Washington, para regresar a Lima con 7 años de edad. La dedicación de Carlos a la mejora del sistema pedagógico hizo que lo nombraran ministro de Educación desde 1965 a 1969, para que pudiera prolongar su incansable labor por la cultura. A él pertenece una famosa cita que aún se suele aplicar a los hábitos escolares de nuestros días: “¿Cuáles son las causas del fracaso de nuestra educación? [...] el actual sistema escolar secundario peruano impide al estudiante ser el agente de su propia educación”⁸.

Sin embargo, llegó un día en que este director de la Biblioteca Nacional, este filósofo, sociólogo y maestro por vocación, icono de la juventud emprendedora, católico y sanmarquino, fallece bruscamente el 2 de noviembre de 1968, a la edad de 55 años. En ese momento Alonso, que por aquel entonces tenía 14 años, experimentó uno de los primeros vira crucis de su existencia. En palabras del autor, con aquella muerte se produce “la destrucción de un reino, de un mundo armónico, de una realidad que con el tiempo he idealizado. Mi padre era el mediador con la realidad, y quizás por eso la pérdida, la derrota, la confrontación fue mucho más fuerte”⁹. Será esta obsesión por la ausencia paterna uno de los motivos que luego lo persigan a través de su universo creativo, idea que se repetirá en *La hora azul*. La timidez que siempre lo caracterizó, unida a un débil estado de salud, lo encerró más en sí mismo como resultado de ese terrible vacío. En este punto inicia su refugio en la Literatura, y en los versos tríficos de Vallejo, y en los giros abruptos de Westphalen, poesía en la que desahoga la orfandad de su infancia. La lectura y la escritura, ya vigentes en Cueto desde muy joven, cobran ahora un matiz sacralizador, una evasión que se materializa en dos fuentes principales: por un lado, la literatura policial, detectivesca, desprendida de clásicos como *Sherlock Holmes* o la narrativa inglesa de este género; y por otro, la novela de aventuras con base en el francés Julio Verne. Pero además lo cautivarán el suspense negro de Edgar Allan Poe, por el concepto de maldad, que se disparará en *Grandes Miradas*, y por el tenebrismo en el que descansan algunos apuntes psicológicos de sus futuros personajes.

Aunque no hay que olvidar que ese gusto por el cobijo en el Arte, las Letras y la Música, por el afán de superación, fue debido, en cierto modo, a la fortaleza de su madre. Lilly Caballero Elders, cuando su marido murió, se propuso hacerlo vivir en la mente y el corazón de sus hijos. Desde pequeña supo que su oficio sería enseñar a los demás, y cuando conoce a Carlos Cueto juntos cultivarán el mismo objetivo. Por eso, Lilly quiso que los principios que identificaron a su esposo persistieran en la común descendencia. De la misma forma que la madre de Carlos fue quien lo impulsó a la profesión alfabetizadora, Lilly Caballero mantuvo esa jerarquía materna, y adoctrinó a sus hijos con rigidez y sabiduría. Dejando atrás las dificultades de una mujer viuda gracias a la firmeza de sus pasos, se convirtió en uno de los más importantes referentes femeninos en la literatura de Alonso Cueto.

Nunca jugó a la madre complaciente y en ella la disciplina fue siempre una muestra de afecto, lo mismo que en otros padres el consentimiento puede ser una señal de indiferencia. Su generosidad exigente y su capacidad de entrega son como caras de una misma sólida moneda. Quizá por eso, por su afición a la

⁸ CUETO FERNANDINI, Carlos, “Introducción”, *Padre, maestros e hijos*, Lima, Sesator, 1970.

⁹ Fragmento que pertenece a una entrevista inédita que realicé al escritor en su vivienda de Lima el 4 de abril de 2009.

gente, definió pronto su vocación por la educación¹⁰.

Y no fue sólo en el plano público, donde a través del Centro de Documentación e Información de Literatura Infantil (CEDILI) consigue difundir bibliotecas, y editar o donar libros a los que no tienen ese acceso, sino que también propiciará la divulgación de la cultura en el plano familiar. Algunos días a la semana, Lilly permitía a sus hijos que congregaran a amigos y conocidos en su casa para que escucharan la intervención de un artista o intelectual. De esta manera, se compartían conocimientos musicales, humanísticos, e incluso económicos, con la finalidad de disfrutar aprendiendo.

En medio de estos proyectos maternos se forjó la personalidad del Alonso hombre y escritor, que no por ello dejó de ser retraído y solitario. Sus textos están llenos de personas a las que les cuesta ascender al éxito, y sobre todo realizar sus ideales, porque quizás haya algo de autobiográfico en ello. Cree Lilly que junto al afán de perfeccionismo, Alonso Cueto destaca por su humildad creativa, virtud que desconoce si es innata o imitada de la condición paterna¹¹. Al igual que su padre, permaneció unas temporadas en el hogar familiar, y otras en el extranjero. En 1977 se graduó en la Universidad Católica del Perú con una tesis sobre Emilio Adolfo Westphalen, y viaja a España gracias a la beca del Instituto de Cultura Hispánica. Una de las lecturas a las que se acercó en su estadía peninsular fue un ejemplar editado por Tusquets, *Los papeles de Aspern*, del estadounidense Henry James. En ese momento nace una fascinación hipnótica que hasta hoy, en su último libro (*Sueños reales*, 2008), no lo ha abandonado. Por eso, aunque en el 79 continúe sus estudios en Austin, y en el 84 presente una tesis sobre los relatos de Onetti, Cueto ya había sido atrapado por la energía de James.

Su primera publicación, un libro de cuentos llamado *La batalla del pasado* (1983) es un claro ejemplo de fidelidad hacia las técnicas de su maestro. A los rincones góticos, a los fantasmas reales, a los personajes ambiguos, a la complejidad psicológica, al hermetismo de sus mujeres. Se la considera su etapa más minimalista, donde se encuentran Carver en el misterio latente que no sabremos descifrar, o Cheever en la intimidad siniestra. A su vez, esta concentración en el análisis reflexivo es sin duda el terreno donde mejor se mueve el autor. Obras posteriores, como *El tigre blanco* (ganadora del premio Wiracocha, 1985), *Los vestidos de una dama* (1987), *Deseo de noche* (1993) o *Amores de invierno* (1994) invocan, incluso en el parecido de algún título, al espíritu más jamesiano. Posteriormente su literatura toma una dirección que recuerda a las influencias policíacas de antaño: *El vuelo de la ceniza* (1995), y ya en *Deseo de noche*, supondrán un reencuentro con la juventud, y más que nada con la profesión del escritor:

El género de detectives tiene que ver con la vida, con las relaciones humanas y con las verdades que se ocultan. La búsqueda de la verdad es también la misión, en cierto modo, del escritor [...] La primera novela detectivesca es *Edipo rey* (aunque aquí el detective sea el asesino). Hamlet es un detective. El Quijote es un policía frustrado, que quiere hacer justicia en el mundo. Es decir, gran parte de la literatura de detectives está en la Literatura Universal. Porque de alguna

¹⁰ CUETO CABALLERO, Alonso, “Una vocación por la niñez”, en *El Dominical*, suplemento cultural de *El Comercio*, Año 56, nº 1, Lima, 29 de marzo de 2009, p. 11.

¹¹ Fragmento de una entrevista que realicé a Lilly Caballero, el 14 de marzo de 2009, en la ciudad de Lima.

manera, en esta vida todos somos detectives y asesinos o malhechores¹².

Esa búsqueda de la verdad será otra constante de sus personajes, que se repetirá en Gabriela (*Grandes Miradas*), Adrián (*La hora azul*) o Verónica (*El susurro de la mujer ballena*). Lo que viene a constatar, de alguna forma, que en estos incansables caminantes hay una correspondencia metaliteraria con el propio Cueto, aspecto que tocaremos con detenimiento más adelante. Para terminar, y después de algunos escauceos por la literatura juvenil (*Cinco para las nueve*, 1996) la curiosidad por el lenguaje nacional o regional (*Valses, rajes y cortejos*, 2005), o el teatro (*Encuentro casual*, 2002) su evolución narrativa entra en lo que Iván Thays ha denominado la etapa de preocupación por la trama, pero sin abandonar el trabajo reflexivo en sus personajes. La vinculación y dependencia de ambos factores es lo que constituye el éxito de este tercer momento, algo tangible en *Pálido cielo* (1998), pero que se inicia con *Demonio del mediodía* (una de sus novelas más logradas, 1999), continúa con *El otro amor de Diana Abril* (2002) y finaliza con las tres obras que ocupan este estudio, las más destacadas del autor por la crítica.¹³

En toda esta producción hemos asistido a una galería de féminas solteronas, reprimidas, prostitutas, maternales, éticamente inalcanzables o exquisitas, que tienen en común una condición: su alteridad. Pero además está la alteridad del creador, que encuentra en ellas un territorio más fértil que el del hombre para revivir sus inquietudes y para poder conocerse a sí mismo. *Grandes Miradas*, *La hora azul* y *El susurro de la mujer ballena* constituirán la esencia del predominio de la mujer en la literatura cuetista, el complemento de una profesión y de una identidad.

3. Los laberintos de la conciencia: mujeres y destino hacia una trilogía del viaje.

Ningún peruano podrá olvidar el momento en que el presidente Alberto Fujimori ganó las elecciones de 1990, cuando el terror se había apoderado de la selva, el campo y la ciudad, y a nadie le quedaban esperanzas. Ningún peruano podrá olvidar el caos reinante entre los partidos, la imparable crisis económica que se arrastraba desde mucho antes, pero que Alan García se había encargado de intensificar. En ese contexto, el triunfo fujimorista se miró con optimismo, se creyó en la posibilidad del cambio, en la desvinculación de actitudes corruptas. El entonces Presidente se apoyó en un autoritarismo feroz, y “unas cuantas semanas después de asumir el poder decretó un paquete de estabilización ortodoxo realmente draconiano, mucho más duro que cualquier otro que Vargas Llosa hubiese contemplado”¹⁴ en su lugar. Sin embargo, a pesar de la privatización despiadada y a pesar de todas las dificultades que ocasionó el “Fujishock”, los ciudadanos necesitaban confiar en un líder que los sacara de la destrucción pasada, y apostara por “honradez, tecnología y trabajo”¹⁵.

Nada que ver. Los ataques de Sendero Luminoso y las discrepancias entre Fujimori y el Congreso de los Diputados siguieron en aumento, por lo que a finales de 1991 la situación se volvió insostenible. Así que el Presidente decidió optar por un remedio más drástico y condenatorio: el autogolpe del 5 de abril de 1992. Entre las condiciones exigidas ordenó arrestar a algunos miembros de partidos de la oposición y disolver el

¹² Fragmento de la entrevista citada a Alonso Cueto, el 4 de abril de 2009.

¹³ Fragmento de una entrevista mantenida con Iván Thays el 19 de abril de 2009, en la ciudad de Lima.

¹⁴ KLARÉN, Peter F., *Nación y sociedad en la historia de Perú*, Lima, IEP, 2008, p. 491.

¹⁵ Lema de que utilizaban los fujimoristas en la campaña presidencial.

Congreso de los Diputados, acción que la sociedad aplaudió. Esto último y la posterior captura de Abimael Guzmán, jefe del grupo terrorista más temido, sirvió para que Fujimori recibiera el apoyo ciego de los que habían padecido los embates de la guerra. Y es que en torno a la figura de Guzmán y de su existencia se había generado una aureola mítica: se pensaba que nunca lo iban a detener “porque él es como la lluvia, que cae y moja, pero no sabes de dónde viene; es como la serpiente, que pasa por ahí y se pierde”¹⁶. Sin duda, esta detención significó la prolongación de su gobierno, aunque el trabajo de cuatro años de investigación que hubo detrás del arresto fuese obra de la Inteligencia Policial de Benedicto Jiménez, y “el Chino” sólo se hubiese atribuido los honores.

Pronto Fujimori, que propició mejorías en el Perú, se dejó llevar por las ilusiones del Poder, y para asegurarse de que sus órdenes se acataban utilizó la misma arma que denunciaba en sus enemigos: la violencia. Organizaciones clandestinas como el “Grupo Colina” o la misma actuación encubierta de las Fuerzas Armadas fueron el ejemplo más vergonzoso de las miserias de un país. Las matanzas indiscriminadas, las detenciones en las universidades, las desapariciones que se niegan, la violación, el miedo. Las secuelas de un juego macabro entre el terrorismo y el Ejército que duró por más de 20 años. Uno de los responsables directos de este descontrol general fue el asesor del Presidente, jefe principal de las FFAA y el SIN, Vladimiro Montesinos. Venido de la Escuela de las Américas de Panamá (lugar del que procede un elevado número de dictadores y asesinos), Vladimiro Montesinos sabía manejar con agilidad los hilos de aquel teatro, sabía cometer un error y salir airoso, o conseguir que otro cargara con la culpa. Era feliz extorsionando, encargando liquidaciones, ganando y comprando con dinero negro cualquier excentricidad, como las palabras de la prensa, de las cadenas de televisión o de radio, y luego filmándolo en los famosos *vladivideos*. Pero, como toda telaraña de intereses, siempre quedan hilos sin tejer. La filtración de uno de estos videos a los medios de comunicación será el desencadenante para la caída progresiva del Fujimorato, en el año 2000. Ante tales expectativas, Fujimori excusó un viaje a Asia y consiguió mantenerse a salvo de cualquier acusación, hasta que finalmente en un nuevo viaje a Chile será detenido. En la actualidad, el que fuera ex Presidente del Perú aclamado por el pueblo ha sido condenado en un juicio histórico a la pena máxima, 25 años de prisión, por la violación reiterada de los Derechos Humanos.

Este es el terrible escenario que ambienta las obras de *Grandes Miradas* y *La hora azul*. En la primera, Alonso Cueto recupera un caso verídico, la muerte del juez César Díaz Gutiérrez (en la novela Guido Pazos), quien fue brutalmente torturado y asesinado por defender la Verdad y la Justicia. El autor inventa a la novia de Guido (Gabriela), quien será la protagonista de esta cruda historia. Cuando Gaby conoce la noticia de la muerte del juez, no cae destruida, no termina llorando a los desaparecidos como si se los hubiera tragado la tierra. En ella se produce una transformación, un reto, un cambio progresivo hacia lo que se convierte en la única razón de su existencia allí: creer en los valores de Guido Pazos y no olvidarlo jamás. Algo así se manifiesta en el personaje de Adrián, de *La hora azul*. Hombre casado y con hijos, perteneciente a una clase acomodada, descubre a través de una carta escondida en el baúl materno la crueldad que cometió en el pasado su padre, antiguo soldado de la marina, ahora fallecido. El deseo por averiguar qué pasó lo lleva al nombre de Miriam, la india que su padre capturó en tiempos de Sendero. Por lo tanto, a través de la voluntad indirecta de la madre, Adrián

¹⁶ Testimonio del coronel Benedicto Jiménez, de la policía nacional del Perú, *Estado de miedo*, op. cit.

comienza una indagación retrospectiva que lo llevará a conocer a su padre y a sí mismo, a Miriam y a la realidad de su país. De esta forma, ambas novelas integran una especie de paseo por los recovecos del ser que recuerda a los enigmas policiales de la juventud y sobre todo, a los exhaustivos análisis de James. Y es que, en efecto, el contexto del conflicto armado es un tema que a Cueto le interesa fundamentalmente por lo que experimentan aquellas personas ante situaciones límites, por cómo sacan fuerzas de la nada y siguen adelante. Según su afirmación, “ninguno de mis personajes tiene una moral, una ideología, una causa, unos ideales, podrán tener principios, pero lo que hacen lo hacen porque quieren hacerlo, no porque arguyan ni a un dios, ni a un santo, ni a un líder”¹⁷.

En el caso de *El susurro de la mujer ballena* Alonso Cueto abandona el trasfondo de la guerra, aunque no la preocupación por los conflictos de tipo social. Verónica es una chica trabajadora, familiar y en apariencia feliz. Sin embargo, en un vuelo de regreso a Lima se reencuentra con Rebeca, mujer excesivamente gorda que resulta ser su mejor amiga de la infancia. A raíz de aquel suceso empezará a desmoronarse esa vida perfecta, a comprender que las faltas cometidas hacia Rebeca son la prueba tangible de su patética superficialidad.

Por lo tanto, una trilogía narrativa en la que Cueto concede la responsabilidad de esta iniciación bipolar (interior y exterior; del escritor y del personaje) a quien posee un espíritu más capaz y complejo, la mujer, y para ello se adentra en sus diferencias clasistas o de pensamiento y en lo variado de sus destinos. Eso sí, todas coinciden en que ese viaje iniciático tiene un precio: requiere de la aproximación a las entrañas más profundas del Mal.

Gabriela, en *Grandes Miradas*, trabaja de maestra en un colegio y no cree en los preceptos defendidos por Guido, pues acepta indiferente, como el resto de la población, la normalidad del caos en el que vive. En cambio, con el asesinato del juez ella necesita ingresar en aquel círculo maldito para poder matar al verdadero culpable de su desgracia: Vladimiro Montesinos. La condición es que debe caminar hacia las tripas de la corrupción, hacia los entresijos del Poder, es decir, tiene que ser como ellos: “buscar a los verdugos. Verlos, tocarlos, hundir su cuchillo [...] Degradarse es adecuarse, igualarse a la realidad”¹⁸

Adrián, en *La hora azul*, emprenderá una ruta distinta. La carta de Vilma Agurto, aquella desconocida que se hará pasar por tía de Miriam para aprovecharse económicamente de la familia Ormache, lo llevará hacia un mundo del que ignoraba más que su presencia, casi su humanidad: la clase baja. Es decir, cuando su madre fallece le abre las puertas de la razón, con el fin de que indague entre las secuelas de las víctimas, de los que prefieren callar:

anoche sentado solo en mi cama, pensé que la verdadera autora de esta historia es mi madre. El día que ella dejó la carta de Vilma Agurto en el baúl, lo cerró y se fue a su cuarto, me dejó escrito su testamento: averigua quién es esa chica, averigua quién fue de veras tu padre y quién eres tú y quién soy yo¹⁹

El peregrinaje de Miriam consiste en escapar del mutismo de su pueblo, amenazado por años de opresión, y conseguir que el coraje de su testimonio, de esa lucha por resistir, alimente la fe de su hijo Miguel. Él es el heredero de una sociedad muda donde sólo se

¹⁷ Fragmento de entrevista a Alonso Cueto, *op. cit.*

¹⁸ CUETO, Alonso, *Grandes Miradas*, Barcelona, Agrama, 2003, p. 155.

¹⁹ CUETO, Alonso, *La hora azul*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 299.

oye lamentarse a los muertos, y por eso “cuando crezca Miguel, su silencio va a crecer también con él [...] Ese silencio puede hacerse más grande, puede ponerse él más rabioso o más triste. Tiene que estar en otro sitio, él tiene que sentir que puede vivir”²⁰ Con este objetivo, Miriam se hace fuerte entre las sombras, y el lector observa cómo Adrián, que se creía en un principio protagonista de aquella regresión, se convierte en el cazador cazado. Unos días después de sus encuentros amorosos, él descubre que la india ha muerto de una enfermedad cardíaca, que tal como apareció ha vuelto a desaparecer. Pero ya no puede dejar de pensar en ella, ya no puede regresar al mundo del que procede, porque se ha transformado en otro hombre. Ahora necesita cuidar de Miguel en la distancia, para sentirse todavía cerca de Miriam, llegando a sufrir una de las mayores inquietudes de los personajes de Cueto: no saber cuál es su lugar. Al estilo de *Nocturno hindú*, de Antonio Tabucchi, alejándonos de la trama principal, de las obsesiones del abogado, observamos el verdadero sentido de la historia. Para ello, también se requiere el descenso a los Infiernos, como Adrián se adentró en la marginalidad, en las voces y rincones torturados por la guerra, y Miriam en la sangre de su amante/ agresor, del padre y del hijo.

Verónica, siguiendo el esquema cuetista, huye e ignora su pasado hasta que éste la alcanza a través de Rebeca. Al comienzo, no quiere hablar del amargo incidente que la corroe, y tiene miedo de que su antigua amiga venga desde el recuerdo para preguntárselo. Sin embargo, cuanto más odia a Rebeca, más le entenece su estado, cuanto más la irrita el acoso, más necesita verla, cuanto más se aleja de su lado menos se reconoce. Hay, por tanto, una fuerte complementación entre estas dos mujeres, que se rompió el día en que se celebró la fiesta de graduación escolar. Rebeca es engañada por el entonces novio de Verónica, quien promete a la niña gorda y solitaria ser su pareja en esta fiesta. Allí, muerta de miedo, rodeada en la pista de baile por alumnos que la insultan a carcajadas, Rebeca se acerca a Verónica. “Yo miré a la gente del resto del círculo y alcé los brazos, y la empujé otra vez al centro. Recuerdo cómo retrocedió sin dejar de mirarme”²¹. Esa mujer ballena le habría perdonado a la protagonista que no la defendiera de las burlas en clase, que fingiera no conocerla delante de sus compañeros aunque la visitara todos los sábados, o que después, con la universidad, se hubiera olvidado de ella. Pero lo que nunca le perdonaría es que la traicionara, que hubiera traicionado aquella amistad. La rebelión de Rebeca, que besa y agrede a Verónica durante un acto público, es una demostración de lo que ambas sienten: el cariño que las mueve a mantenerse unidas y el odio que las distancia.

Estas tres direcciones (hacia la corrupción, hacia las secuelas y hacia la traición), se manifiestan por lo general en la narrativa de Alonso Cueto mediante el mundo onírico o las visiones continuas. Dicha interpretación psicoanalítica permite establecer una tipología femenina en los siguientes términos:

En primer lugar, uno de los referentes más importantes es el de la *mujer-símbolo* (*mujer-sueño*). En general, tiene una intervención muy breve o carece de una presencia física, pero sabemos de ella gracias a los testimonios de algunos personajes. Sin embargo su imagen está viva, de una forma u otra, desde principio a fin, ejerciendo un punto de inflexión en la novela. Este papel corresponde, en muchos casos, al de la madre. Por ejemplo, en *La hora azul* la madre de Adrián no es sólo, tal cual se indicó, el motor que impulsa la aventura de su hijo, sino además, como él afirma, su muerte se

²⁰ CUETO, Alonso, *Ibidem*, pp. 251-252.

²¹ CUETO, Alonso, *El susurro de la mujer ballena*, Barcelona, Planeta, 2007, pg. 235.

convertirá en “el gran acontecimiento de mi vida”²². El idealismo, la melancolía, la inocencia y sus otras virtudes, que la convierten en un ser casi angelical, contrastan con la ausencia y los excesos del padre, por el que Adrián manifiesta cierta repugnancia (muy probablemente, porque esconde un deseo edípico de sustituirlo). Más adelante, la llegada de Adrián a la ciudad de Ayacucho cruzará en su camino a Guiomar, una curiosa mujer con nombre de poesía que será el pórtico a su viaje de descubrimientos. Ella le dice que admira a los danzantes de tijeras porque exponen una representación mágica de la relación andina con el dolor, y lo hará reflexionar sobre las diferencias que existen entre los mundos que ambos identifican.

En *El susurro de la mujer ballena*, se repite un esquema similar en los progenitores de Verónica: aunque ahora ella acude a visitar a su padre y conversan, nunca fue bueno para su familia, y así tuvieron que sufrirlo su esposa e hijas: “tu madre hizo tanto por nosotros, por ti y por mí [...] Nos dio todo su tiempo [...] Y a mí me sostuvo todos los días [...] Lo que soy, lo que tengo aquí es lo que ella me dejó”²³. Para Rebeca, inserta en un entorno familiar antiguo, religioso y algo represivo, sus tías y sobre todo su madre, a quien el marido abandonó y arruinó, serán el único apoyo que conserve frente a la hostilidad del mundo. Por otra parte, entre Verónica y Rebeca existían lazos tan estrechos que a veces recordaban a los maternos, como cuando Verónica se refugiaba en el regazo de su amiga y la escena recordaba a “una Madonna acunando a su hija”²⁴ con ternura. La novela también introduce apariciones femeninas simbólicas, el día que Verónica se cruza con una extraña mujer vestida de blanco en el corredor de la oficina, y que anticipa el reencuentro sincero de las dos jóvenes; o aquella señora que, como proveniente de la nada, aparece junto a la pequeña Rebeca para acompañarla el día que más lo necesita.

En *Grandes Miradas* habría que señalar lo propio, en cierto modo, entre Gaby y Ángela, la periodista de prensa amarilla que no soporta la corrupción dominante en los medios, pero que no tiene el valor para rebelarse. Cuando Gabriela irrumpen en la oficina del periódico, amenazándolos por tergiversar la noticia de la muerte de Guido, Ángela comprende que ella necesita del espíritu de aquella mujer. A partir de entonces, hará lo posible por conseguir el *vladivideo* de Guido y entregárselo. En esta filial correspondencia, Ángela será ayudada por Gaby cuando su hermano Beto empieza a golpearla a razón de desvelar ese crimen:

La pared se mueve y Ángela se sienta en el colchón. Mira detrás de su hermano. Tiene los ojos fijos. Siente los golpes en la cara, uno tras otro, uno tras otro. Alguien acaba de entrar al cuarto. Beto voltea. Gabriela está parada junto a la puerta²⁵

Tanto Gaby como Ángela tienen la necesidad de ofrecer protección a sus madres, que en este caso se presentan en un segundo plano pero siempre como respaldo de sus hijas. Queda claro que el cariño desprendido ante la madre nos conduce así a otro aspecto central en la literatura de Cueto: el microcosmos de la familia.

El segundo tipo de mujer dentro de esta clasificación sería la *mujer que despierta*, la que por un hecho crucial o traumático abandona su vida anterior para emprender una

²² CUETO, Alonso, *La hora azul*, p. 19.

²³ CUETO, Alonso, *El susurro de la mujer ballena*, p. 196.

²⁴ CUETO, Alonso, *Ibidem*, p. 259.

²⁵ CUETO, Alonso, *Grandes Miradas*, p. 254.

búsqueda, una misión, un destino. Aprende a someter y a someterse, a seguir los impulsos que le dictamina el pasado, que sólo le traen muerte y dolor.

Tanto es así que en ocasiones lo importante deja de ser el motivo o llegar a la meta, sino más bien no abandonar nunca ese proceso, por las consecuencias que pueda acarrear para los nuestros y para uno mismo.

Miriam, en *La hora azul*, se aferra a esa huída frenética desde Huanta a Huamanga porque las muertes dejadas atrás la llenan de furia y el miedo no la deja detenerse. Nada importa su estado físico,

empecé a correr, tenía que correr, tenía que seguir antes que amanezca, no podía parar [...] una puede correr toda su vida, correr siempre, o sea una no puede pero el cuerpo sí, el cuerpo quiere salvarse aunque tú ya digas que ya no, pero el cuerpo quiere seguir²⁶.

En *Grandes Miradas* Gaby se convierte en una mujer autómatas, que vive intensamente para conseguir lo que se propone: “no es una venganza [...] Es algo que quiero hacer por Guido, no es una venganza”²⁷ Actúa sin pensar, sorprendida de sus actos, de la normalidad con que ejerce sus movimientos, porque Gaby ya no es lo que era, sino la personificación de los principios del juez Guido.

En *El susurro de la mujer ballena*, Verónica comienza a preguntarse continuamente qué estará haciendo Rebeca, hasta que convierte la obsesión de su amiga en parte de sus preocupaciones: el libro que le regaló, el nombre de su hijo, el parque donde se reunían, evocan su presencia en una costumbre que no puede detener.

Pero a toda *mujer que despierta* la completa una *mujer que duerme*, como Ángela en *Grandes Miradas*. Ella, al igual que Javier, el presentador de televisión amigo de Gaby, está atrapada en la degradación del sistema, pero a diferencia de él es consciente de que lo que hace, lo que ve y lo que cuenta no la convertirá en una mujer feliz, sino que la destruirá. No intenta justificar sus malos actos porque no le gusta ser cobarde, pero desconoce cómo cambiar. Gaby será su solución.

Finalmente, el último tipo de mujer destacada a grandes rasgos en la literatura de Cueto es la *mujer degradada (mujer-pesadilla)*, aquella que forma parte del régimen corrupto, una especie de fantasma que ha perdido su feminidad y su identidad en pos del deseo de lo prohibido. Destacan claros ejemplos como Doty, “la silueta de buitre, la nariz afilada, el peinado de miel negra”²⁸, que es la jefa de la academia de secretarías Columbus para servir al siniestro Montesinos.

Por lo tanto, cuatro tipos de mujeres que corresponden a la simbología constante del mundo onírico en estas tres novelas. En *La hora azul*, Adrián tiene visiones sobre las súplicas de su padre, sobre las explicaciones maternas, sueña que rompe los códigos establecidos, pero sobre todo piensa en Miriam: “aparecía sola, cubierta sólo con un velo negro. Estaba echada junto a mi padre [...] Y esa imagen creo que marcó el inicio de todo lo que iba a ocurrir después”²⁹. Gabriela, en *Grandes Miradas*, experimenta por las noches el placer de soñar con Guido para encontrar la paz y las fuerzas perdidas, para reencontrarse consigo misma. Verónica, en cambio, en *El susurro de la mujer*

²⁶ CUETO, Alonso, *La hora azul*, pp. 234-235.

²⁷ CUETO, Alonso, *Grandes Miradas*, p. 237.

²⁸ CUETO, Alonso, *ibidem*, p. 275.

²⁹ CUETO, Alonso, *La hora azul*, p. 57.

ballena, tiene pesadillas con seres gigantescos, monstruos o elefantes que confirman su temor incierto por la mujer ballena.

Pero, para saber que una mujer despierta, es necesario entender su transformación. Alonso Cueto se vale de la técnica de la mirada, tan del gusto del aclamado Henry James, y del elemento físico del espejo, para captar esta esencia. En el caso de *Grandes Miradas* su propio título lo confirma. Todos los personajes utilizan el reflejo del cristal para convencerse de su actuación, del papel dramático que les ha tocado vivir. Javier quiere verse espléndido antes de entrar en antena. Montesinos es un fanático de sus propias criaturas, los *vladivideos*, y disfruta cada vez que Mati lo acicala frente al espejo. Gabriela tiene una labor más compleja: cambiar de personalidad, ser otra. En progresivas sesiones, al estilo de la Esther de Víctor Hugo³⁰, irá mutando física e interiormente:

un raro pudor le había impedido hasta entonces mirarse desnuda, la curiosidad siempre menor que la vergüenza [...] Debía regresar a ese cuerpo. Buscar a través de él, en el comienzo de su infancia, el tesoro del mal que siempre había tapiado con sus maneras y razones, el botín de las humillaciones del pasado, la acumulación de pequeñas miserias³¹

En *La hora azul*, el primer encuentro entre Adrián y Miriam sucederá en la peluquería de ésta, “La perla de los Andes”, donde la india cortará el pelo al hijo de su captor mientras él la mira con inquietud a través del espejo:

la mujer que mi padre había encerrado y humillado estaba manipulando una tijera cerca de mi garganta [...] Mientras yo la miro por el espejo ella sólo parece poner atención en el lugar donde está cortando, como si yo fuera un cliente cualquiera³²

La misma inquietud que lo recorre cuando observa las fotografías de la chica envuelta entre las garras de su padre.

En *El susurro de la mujer ballena* existe toda una apología del culto a la imagen, potenciada por las visitas al gimnasio y las constantes contemplaciones de Verónica delante del vidrio, escenas que contrastan poderosamente ante la mezcla de pavor e ironía que siente Rebeca por esta cotidiana actividad:

una tiene que tener un enorme valor, a veces una temeridad inmensa, para ponerse frente a un espejo, y mirarse, y miarse. ¿Te has dado cuenta de que nadie puede mirarse mucho rato? Nadie, nadie. Ni siquiera la gente más guapa. Apenas un atisbo, pero no mucho rato. Pero eso es un asunto de cada una, lograr que tus piernas te sostengan³³

Mujeres, por lo tanto, que representan seres tan terrenales como divinos, que muestran una religiosidad sincera, influencia materna del propio autor (y así podemos ver a

³⁰ Esther es un personaje que pertenece a *Esplendor y muerte de los cortesanos*, de Víctor Hugo, dama en la que Alonso Cueto confesó inspirarse para retratar los intensos minutos de Gabriela frente al espejo.

³¹ CUETO, Alonso, *Grandes Miradas*, p. 120.

³² CUETO, Alonso, *La hora azul*, p. 207.

³³ CUETO, Alonso, *El susurro de la mujer ballena*, p. 257.

Miriam como a la Virgen María, que se preocupa del cuidado de su hijo, o a Gabriela como el arcángel San Gabriel, guía de los ejércitos del Cielo). Mujeres que mantienen relaciones amorosas y sexuales casi místicas (como Gaby con Guido, como Verónica con Nico), que tienen la capacidad de obsesionar al hombre hasta el delirio o hasta la destrucción. Mujeres, en fin, que a través de sus ojos, de sus acciones tan reflexivas como irracionales, alcanzan una complejidad prodigiosa de la que Alonso Cueto está verdaderamente convencido.

Bibliografía:

- CARUNCHO MICHINEL, Cristina, y MAYOBRE RODRÍGUEZ, Purificación, *El problema de la identidad femenina y los nuevos mitos*, Santiago de Compostela, Tórculo, 1998.
- CUETO, Alonso, *El susurro de la mujer ballena*, Barcelona, Planeta, 2007.
- *Grandes Miradas*, Barcelona, Anagrama, 2003.
- *La hora azul*, Barcelona, Anagrama, 2005.
- *Sueños reales*, Perú, Seix Barral, 2008.
- “Una vocación por la niñez”, en *El Dominical*, suplemento cultural de *El Comercio*, Año 56, n° 1, Lima, 29 de marzo de 2009.
- CUETO FERNANDINI, Carlos, *Padre, maestros e hijos*, Lima, Sesator, 1970.
- GORRITI, Gustavo, *Sendero, historia de la guerra milenaria en el Perú*, Lima, Editorial Apoyo, Tomo I, 1990.
- GUARDIA, Sara Beatriz (comp.), “Las mujeres y la recuperación de la historia”, en el I Simposio “La mujer en la historia de América Latina”, Lima, Cemhal, 2004.
- KLARÉN, Peter F., *Nación y sociedad en la historia de Perú*, Lima, IEP, 2008.
- LACOSTE, Pablo, “La cárcel y el carcelero de la mujer colonial”, *Estudios Ibero-Americanos*, PUCRS, v. XXXIII, n. 2, pp. 7-34, diciembre 2007.
- LERNER, Gerda, *The Woman in American History*, Massachusetts, Addison Wesley, 1971.
- , *The Creation of Patriarchy*, New York, Oxford University Press, 1986.
- PRIETO DE ZEGARRA, Judith, *Mujer, poder y desarrollo en el Perú*, Lima, Dorcha, 1980.
- PORTOCARRERO, Gonzalo, *Razones de sangre*, Lima, PUCP, 1998.



